



Foto: AMR

ADIÓS A LOS RECUERDOS

Alberto Eceiza

Hacía mucho tiempo que no daba un paseo por los alrededores del pueblo y, la oportunidad me llegó en una primaveral tarde del mes de mayo de este mismo año. Fiesta por la tarde, una agradable temperatura de paseo, un día soleado y lleno de luz, me invitaron a dar una vuelta por aquellos lugares por donde transcurrieron las correrías de mi niñez. Según los pasos me iban llevando de un lado para otro, mis recuerdos se atropellaban por acudir a la memoria. Lugares, escenas y situaciones se me representaban con una fidelidad casi cinematográfica; recuerdos de caras y nombres se agolpaban de forma precipitada en un intento por salir a borbotones del armario de los recuerdos, a revivir de nuevo, pero... al abrir los ojos a la realidad, no encontraban aquellos escenarios, los escenarios originales, y se desvanecían ante lugares cambiados por el paso del tiempo, el progreso y la mano del hombre.

Mi primer sobresalto fue cuando quise encontrar los restos del túnel de “Zakarras”, allí donde antaño empezaba la canalización del arroyo que viniendo de Arramendi, desembocaba y sigue desembocando en el río Oyarzun, frente a Olibet; buscaba vestigios, algo; tal vez los pilares del puente de la “maquinilla”, pero me fue imposible, una maraña de rascacielos apretujados me lo impedía. Mis recuerdos de las primeras aventuras en cuadrilla, no encontraban el escenario adecuado. Sustituyendo a aquellos niños que vivían la aventura de descubrir nuevos horizontes para mayor gloria de la calle Magdalena, armados con una espada de palo al cinto de sus pantalones cortos y dispuestos a vender caras sus vidas; fuertemente avituallados con el correspondiente pan (bastante), y chocolate de Pedro Mayo (más bien poco), y que calmaban su sed apartando los zapateros para beber en los remansos de los riachuelos; como contraste, digo, dos mozalbetes de la misma edad que nosotros teníamos entonces, jugaban absortos encaramados en lo alto de un banco, con los pies donde las personas decentes sientan el culo, con una maquinita electrónica matando marcianos; a sus pies, un par de magníficos patinetes cromados (uno cada uno, claro), tirados de mala manera por el suelo enlosado de una coquetona plazuela en el barrio de Pontika, hablando una jerga casi incomprensible para mi “*tope guay matar sardás ¿Verdad tío? – Yo llevo ya un súper mogollón, tío*”.

Espantados por los marcianos en Pontika, los recuerdos volvieron a mí mientras atravesaba la parte vieja del pueblo. Calle Magdalena, Ayuntamiento y calle del Medio. Pero en Santa Clara, empecé de nuevo a enca-

britarme. Una “cosa” indescriptible, una edificación (que no he conseguido saber todavía para qué sirve, y que tampoco sé si es muy fea, o simplemente moderna), separa esta calle de la carretera general, justo donde estaba la prestigiosa “Fábrica de Lino de Rentería” la fábrica de sábanas para nosotros, y donde se encontraba, también, el colegio de los frailes. Siguiendo sobre mis pasos, comprobé tristemente asombrado, que no existe ni un triste taller de arreglo de pinchazos donde estuvo la herrería, que hubiera sido lo más lógico; otra tradición desaparecida Alberto, dije para mis adentros, mientras atravesaba el puente. Al cruzar éste, no lo pude evitar, una mirada furtiva se me escapó, hacia la inexistente ventana, de la hoy inexistente vivienda donde solía estar aquel señor al que llamábamos Tomás, y al que tanto mortificamos en nuestra cruel inconsciencia infantil.

Nada más cruzar el puente, un magnífico paseo festoneado de árboles, bancos y farolas sustituye ahora al caminito polvoriento que unía el puente de Santa Clara con el puente de La Fandería, y que bordeaba el coqueto “*mi-es-ol*”, porque por no llegar, no llegaba, ni a ser un mini estadio olímpico. Pero que, fuera coñas, sirvió para que los atletas del histórico Club Atlético Renteriano, ganaran más de un campeonato de Guipúzcoa en distintas especialidades.

Según me iba acercando a “presa”, me iba latiendo más aprisa el corazón, era increíble lo que veían mis ojos, las malolientes, cenagosas y grises aguas del río que sirvieron de, digamos, “academia municipal de natación”, que conservaba en la memoria, se han convertido con el paso de los años, en unas aguas limpias y cristalinas, que sirven de hogar a una hermosa bandada de multicolores patos que nadan altivos por donde años antes, yo, y medio pueblo conmigo, aprendía, entre trago y trago a nadar.



Foto: AMR

Busqué afanosamente restos de aquel cañaveral que nos ofreció cobijo y aislamiento en nuestros primeros y cándidos acercamientos a las chicas, que por aquel entonces, nos parecían unos seres maravillosos, inocentes y desvalidos, a quienes había que proteger y mimar, pero que, con el paso del tiempo, nos hemos ido dando cuenta de que los verdaderamente inocentes y sobre todo desvalidos frente a ellas, éramos nosotros, aunque eso sí, nos siguen pareciendo seres maravillosos... bueno... a veces.

Pero volviendo al cañaveral, “las cañas” como les llamábamos nosotros; recuerdo sus estrechos pasadizos por los que apenas entraban nuestros menudos cuerpos y que se me antojaban pasadizos secretos y túneles que nos conducían a “enormes” salas, donde acurrucados merendábamos con apetito voraz el consabido bocadillo

de pan y chocolate. Perdonen que me repita, pero es que no había otra cosa para merendar, por lo menos en mi casa, y tampoco en las de mi cuadrilla, por lo que yo podía apreciar. El acceso principal (la entrada secreta, de entonces según nosotros), partía de uno de los costados del viejo puente de La Fandería, y por más que quise encontrar algunos vestigios de él, solo encontré una preciosa pasarela de madera, poco más o menos, en el mismo lugar donde estuvo ubicado el anterior. Un poco más adelante, un extraño edificio rosa, con canalizaciones de entrada y salida me hicieron comprender que estaba ante el reconstruido molino de La Fandería; una edificación que no guardaba ninguna similitud con aquel molino-caserío que yo retenía en la memoria y que proclamó a los cuatro vientos: “*Ex merkenak, bai onenak, Fanderiko pentsoak*”.

Cansado y un poco desilusionado por no encontrar vestigios de épocas pasadas, me senté en la terraza del pequeño coquetón, y... casi... estoy por decir, único bar de aquella zona de nueva construcción, el “*Errota taberna*” que regenta Patxi Arrillaga. Sentado a la sombra de la sombrilla, no sé si de encaje y seda, o más bien de lona, con la publicidad de algún producto de hostelería, cerré los ojos y recostado sobre el respaldo, intenté ubicar la situación exacta de aquel paso a nivel, a través del cual, cruzando las vías del “topo”, buscábamos otra más pequeña “*adlátere*” a ésta (el latinajo me lo enseñó Caíto Albisu), la vía de la maquinilla, para que nos entendamos, que nos llevaba directamente a un lugar que, visto desde la perspectiva de los diez u once años, se me antojaba hermosísimo, paradisíaco que diría ahora, y de una magnitud colosal. Una caudalosa catarata de unos... trescientos o cuatrocientos metros de ancho y más de una treintena (en el sitio menos alto, claro) de caída libre de las aguas; cruzada por un altísimo puente de hierro, de más de cien metros de altura, (según aseguraba Caíto, después de un detenido estudio del lugar y de someter sus observaciones a profundos cálculos matemáticos). Puente que suscitaba grandes controversias y acaloradas discusiones entre los más “ilustrados” de la cuadrilla; no sabíamos muy bien si el puente había sido construido por un francés llamado Eiffel, que, según nos decían unos, había hecho la famosa torre “Infiel” de Francia o, según otros, un coronel británico llamado Boggie, cuando la ocupación de Oyarzun por los Japoneses. Después, vimos una “peli” en el “On-Bide” en la que ya quedó bien claro que el tal coronel Boggie, hizo un puente, pero sobre el río Kway. Por lo tanto, nada que ver con el “Puente Peligroso”.

Por aquella época, años cincuenta y cinco, cincuenta y seis, poco más o menos, nos llenamos de indignación al ver en el “NO-DO” que a un señor la habían dado una medalla por cruzar en un alambre, una ridícula cataratita que se llamaba Niágara. Montamos en cólera, porque lo verdaderamente arriesgado era cruzar el puente peligroso, donde además de la altura, y el viento, como peligro añadido, podía aparecer inopinadamente, la locomotora que venía de unas lejanas y misteriosas minas de plata arrastrando un convoy de más de treinta vagones y que circulaba a una velocidad de vértigo, sin contar, claro, que atravesábamos el puente peligroso para bañarnos en Aranguren, río, que como todo el mundo sabía, o por lo menos los más aventureros del pueblo, estaba infestado de unos cocodrilos pequeñitos... ¿Cómo se llamaban...? ¡Ah sí! Sanguijuelas, que te podían chupar la sangre, sin darte cuenta, mientras nadabas, y podías salir, no del todo pero, casi muerto, sin sangre en el cuerpo, y... a mí no llegó a pasarme, pero me contaron que un día, un chico que andaba en las escuelas de Ayerbe, al quedarse sin sangre, se volvió transparente por un rato, hasta que se comió el pan y chocolate.

Pero fíjense si estábamos atrasados entonces (según mi tío, por culpa de Franco), que la primera vez que le dije a mi ama que había cruzado el puente peligroso, en vez de alegrarse por tener un hijo héroe, digno de entrar en el Olimpo por méritos propios, me castigó, sin saber por qué. Y encima exclamaba una y otra vez: “*¡Ay san Antonio bendito – creo que se refería al de Padua-, protégeme de este hijo que me ha salido titiritero!*” Y es que entonces no se podía ser aventurero si no eras de la Falange. No se admitían héroes por libre. Ya digo que estábamos muy atrasados.

Es una pena que no queden rastros de aquel legendario puente, yo no creo que he llegado a ver ninguna fotografía de él.

Fíjense si sería antiguo el puente que si ahora se hiciese una excavación, por debajo de “Alcampo”, primero, antes que el puente, saldrían los restos del “Mamut”, o sea, que no les digo nada, prehistórico total.